

## HETERODOXIA IDEOLÓGICA Y ACCIÓN POLÍTICA: *LOS LUCHADORES*, DE ESTEBAN BELTRÁN

Blas Sánchez Dueñas  
Universidad de Córdoba  
lh2sadub@uco.es

### RESUMEN

Las panorámicas de la literatura finisecular fueron poliédricas, motivadas entre otras causas, por una problemática situación envuelta en una profunda crisis de las estructuras socio-políticas y económicas nacionales que propiciaron el advenimiento de nuevos planteamientos estéticos, resultado de una superposición de tendencias que venían desarrollándose desde años atrás. En medio de las múltiples corrientes que desde la literatura trataron de combatir los males nacionales, este trabajo aborda las consideraciones del escritor Esteban Beltrán a través de su obra *Los luchadores* con la que trataba de generar un nuevo clima social, aportar iniciativas de cambio social y acabar con la postración y subyugación de los colectivos proletarios.

### PALABRAS CLAVE

Literatura social y proletaria. Fin de siglo. Esteban Beltrán. Novela.

### ABSTRACT

The polyhedral panoramic of literature at the turn of the century was motivated, among other reasons, by a troublesome situation wrapped up by a deep crisis of socio-political national structures. These structures favored the advent of new aesthetical approaches resulting from an overlap of tendencies that had been developed for years.

Amid the various literary trends that attempted to face the national troubles, this contribution deals with the proposals presented by the writer Esteban Beltrán in his work *Los luchadores*. Like the rest of his production, this work intends to create a new social atmosphere, make proposals of social change and end up with prostration and subjugation of proletarian groups.

#### KEYWORDS

Social and proletarian literature. Turn of the century. Esteban Beltrán. Novel

#### REFLEXIONES SOBRE UN PRELUDIO

Esteban Beltrán (Montoro, 3 de agosto de 1854-19 de diciembre de 1920) publica *Los luchadores* en la Imprenta Moderna sita en la Calle María Cristina de Córdoba al precio de 1 50 pesetas en el *annus mirabilis* de 1914<sup>1</sup>, fecha en la que se abre paso entre la intelectualidad española un nuevo grupo de escritores encabezados por José Ortega y Gasset denominado por la crítica como «Generación del 14» o «Novecentistas» y tipificado por Guillermo Díaz Plaja como lo que ya no es modernismo ni noventayochismo, y aún no es vanguardismo, y que confluirá en su desembocadura en la Generación del 27 (Díaz Plaja, 1975: 175 y ss.). Paralelamente a la publicación de *Los Luchadores*, en España, Juan Ramón Jiménez publicaba *Platero y yo*; Unamuno hacía lo propio con *Niebla*; Ortega y Gasset veía imprimirse *Meditaciones del Quijote*, *Vieja y nueva política* e *Ideas sobre la novela*; y se editaban, entre otras obras, *Jarrapellejos* de Felipe Trigo, *El amigo Melquíades* de Carlos Arniches, *El pasaporte amarillo* y *Malvarrosa* de Joaquín Dicenta o *Villavieja* de Ciges Aparicio lo que muestra la diversidad y multiplicidad de prismas que convergían en las letras españolas del momento.

En el prólogo que precede al cuerpo de la obra, Esteban Beltrán expone que tras dos años de estancia en La Palma, donde fue llamado por un grupo de republicanos para dirigir una escuela laica, al regresar a su pueblo, encontró un panorama desolador: «mi pequeña hacienda arruinada y la cuestión política y societaria (por la que tanto luché en mi juventud) en un estado de decadencia deplorable e inconcebible» (Beltrán, 1914: 5). Él, que había vuelto a su hogar para descansar y dejar un tanto atrás las causas pedagógicas, políticas y sociales por las que luchó durante su vida ejemplificadas en acciones como la «Sociedad la Benéfica», la «del Camarín» o sus enseñanzas en Tazacorte, se sorprenderá ante la patética situación que encuentra y de aquélla que le relatan algunos de los amigos de antaño lo que lo espoleará para lucir nuevamente su afilada dialéctica, su temperamento inconformista y reivindicativo, sus tesis sociales y políticas y algunos de los argumentos de su propio ideario doctrinal.

Una de las causas de la miseria y decrepitud que aprecia a su llegada, y por extensión, del país, le es pronto revelada al diligente intelectual montoreño. Por la geografía española se extiende la sombra de la corrupción de los individuos, más preocupados por la hacienda personal que por el interés de la colectividad, circunstancia, entre otras,

<sup>1</sup> En adelante se citará por: Esteban Beltrán (1914): *Los luchadores*, Córdoba, Imprenta Moderna.

que está en la base de la pérdida de la confianza en lo público y en la desidia y destrucción de España<sup>2</sup> según retratan la necedad, rapacidad y depravación de sujetos canallas como el Sr. Aceituno, apodo de don Pedro Rodrigo Boga, quien se enriquecería después de comprar cuatro barriles de aceitunas a otro obrero para venderlas en Madrid sin abonar la compra de la mercancía a aquél que se las vendió y sobre quien Beltrán asienta un conjunto de anotaciones cargadas de ironía no exentas de mordacidad:

Estos Aceitunos han sabido manejar perfectamente uno de los pocos negocios lucrativos que producen riquezas en la actual civilización: la milagrería, *no pidiendo* nada de honorarios y *tomando* todo cuanto buenamente se puede y *no pagando* por la matrícula de la industria que se ejerce. (Beltrán, 1914: 7).

No menos importantes que la corrupción, el caciquismo y los males producidos por la religión, en particular por la Iglesia como institución según el pensamiento de Beltrán<sup>3</sup>, así como la ignorancia de un pueblo conformista, incauto y aletargado y la falta de confianza en la política<sup>4</sup> son igualmente exponentes que explican la atonía de España y algunos de los males que la asolan desmoronándola:

El cacique y el cura son la mugre que cría el cuerpo social, como el cuerpo humano cría la grasa mugrienta que ensúcia el sombrero y los vestidos. El cacique ignorante, cerril y rapaz, y el cura fanático, lujurioso y usurero, son la mugre social que mata a España si los españoles no nos limpiamos la roña de la ignorancia. (Beltrán, 1914: 8).

Opuesto al anarquismo por su defensa de la no participación en los procesos electorales y por ciertos episodios vitales protagonizados por anarquistas de infausto recuerdo para él, Beltrán vierte fuertes acusaciones contra el pueblo por no levantarse, por no presentar oposición a los caciques, por dejarse engañar y manipular, por no hacer frente a sus

<sup>2</sup> Recuérdense las polémicas suscitadas entre la intelectualidad española sobre estas cuestiones. La pérdida de fe en la minoría dirigente, en los ideales tradicionales de la nación y hasta en la propia nación provocará que los sistemas de pensamiento y socio-políticos así como la propia configuración política que habían sustentado el andamiaje político en España se critiquen culpabilizándolos de los males del país, de su decadencia y de su incapacidad tanto para hacer frente a sus problemas reales como para encontrar soluciones a los acuciantes retos existentes (López Morillas, 1972). El fin de siglo marcará un antes y un después en la historia de España. Si un periódico como *La Veu* diagnosticaba el 4 de noviembre del 98: «Algo ha muerto en España. De un extremo a otro se siente un vaho de muerte», Sabino Arana concluía, ya en julio del año siguiente: «¿Qué va a ser de España? Sólo un milagro puede salvarla» (Moa, 2004: 93). Ha sido subrayada la evocación de Francisco Silvela con respecto a la falta de pulso de España en esos momentos o el grito de Unamuno: ¡Me duele España!, comentarios a los que se unen otros como los de Macías Picabea: «¿Posee España, la patria amada, alientos para seguir viviendo entre los pueblos vivos de la historia? [...] Y, si hemos de vivir, ¿a qué precio y con cuáles remedios? Y, si no hemos de morir, ¿por qué hemos venido a dar en este trance de muerte?» (Picabea, 1899: VII)

<sup>3</sup> «Efectivamente, la religión cristiana, que es la que debiera observar las leyes que Dios dictó para la armónica marcha de los mundos, es la primera que las desconoce y vulnera.

Aquí tenéis el ejemplo: Dios manda abundancia de alimentos en esta época para que todos los seres coman y se harten, y la religión nos manda que ayunemos. Dios quiere que todos los seres creados estén contentos y satisfechos y la religión manda que estemos tristes y hambrientos y que nos martiricemos con silencios y disciplinarios. Dios Manda que estemos en paz como hermanos y la religión bendice y alienta a dos ejércitos que, acobardada de oír la misa, se destruyen y persiguen como fieras». (Beltrán, 1914: 36-37).

<sup>4</sup> «[...] estamos convencidos de que todos los políticos son unos canallas que no quieren más que encumbrarse con nuestros votos para luego dejarnos expuestos a las iras y venganzas de los caciques y burgueses que nos roban nuestro sudor y nos matan de hambre dejándonos sin trabajo». (Beltrán, 1914: 10).

propias miserias o por su falta de determinación a la hora de hablar con los caciques en los procesos electorales para situar en los sillones municipales a personas dignas, honradas y de la confianza del pueblo y no a miserables y personas corruptas que sólo aspiran a enriquecerse con el puesto y, a la sazón, con el trabajo y el sudor de los demás. Beltrán se indigna con las ideas defendidas por los obreros en tanto en cuanto según su ideario muestran su ignorancia e incompetencia y, de seguir sus postulados, él piensa que no se solucionarían los problemas sociales y los conflictos agrarios, sociales, educativos y políticos por los que siempre había peleado por lo que, animado por lo que ha podido entrever en las palabras y pensamientos de los obreros y alentado por las peticiones de instrucción para el pueblo solicitadas por distintas vías tras la publicación de su obra *Manolín*, un año antes decide emprender una nueva contienda en la que toma el arma de la escritura para luchar contra la opresión a la que se ve sometida el proletariado:

Pues bien, amigos míos, movido por vuestros ruegos escribo este libro y os lo dedico á todos los proletarios; á todos los que trabajan y no comen lo suficiente; á todos los que como yo comprenden que hay necesidad de instruir al pueblo para que se emancipe de la esclavitud del salario; á todos los que, abnegados por un amor infinito a la humanidad doliente, dejan su reposo y conveniencia y se lanzan á la lucha social como Jesucristo se lanzó sin miedo á nada. [...]

Hagámosle ver y comprender á los proletarios, á los que trabajan diariamente sin poder desprenderse de las garras de la miseria y la pobreza, que son pobres y hambrientos... porque alguien les ha arrebatado las riquezas que les corresponden por derecho propio que tienen á los dones de la naturaleza ó de Dios. (Beltrán, 1914: 16).

Dos últimas máximas centradas en el trabajo, la pobreza y la explotación son significadas por el escritor montoreño. Para Giner de los Ríos y el grupo de intelectuales de la Institución Libre de Enseñanza, el amor al trabajo junto a otros valores como la educación armónica e integral, la formación de hombres y mujeres, la tolerancia, la neutralidad religiosa o la búsqueda del rigor, entre otros aspectos<sup>5</sup>, será uno de los fundamentos desde donde comenzar la transformación de España, suplantando con estos principios la España enfermiza y sin pulso por la nueva España abierta, laica y con espíritu de progreso y redención. Beltrán defiende también un nuevo culto, una creencia y una práctica que configure una nueva religión, una nueva doctrina cuya principal luz y verdad sea el trabajo: «Seamos todos nuevos apóstoles de la religión del trabajo».

Las palabras que rematan el prólogo instan a la rebelión contra la pobreza y a la lucha contra sus causantes que no son sino caudillos explotadores que se aprovechan de las miserias, ignorancia y falta de liderazgo del campesinado para avasallarlos:

La diosa Verdad ó Razón proclama que la pobreza es una deshora y un crimen, y debemos rebelarnos contra ella y considerarla como consecuencia de un robo legitimado que un corto número de explotadores sin conciencia ejercen sobre las masas proletarias, embrutecidas por la ignorancia (Beltrán, 1914: 17).

<sup>5</sup> Sobre el institucionismo remitimos a los trabajos de Luis Palacios Bañuelos: «El 98 de la educación. La Institución Libre de enseñanza», en M<sup>a</sup>. José Porro Herrera (Ed.): *Otros 98: Literatura y cine*. Córdoba, Cajasur, 2000, pp. 27-44. Véase también del mismo autor, *Instituto-Escuela. Historia de una renovación educativa*, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, 1988; *Castillejo, educador*, Ciudad Real, Diputación Provincial de Ciudad Real, 1986.

De sentencias como ésta se derivan algunos de los dogmas ideológicos del escritor tales como el de la necesidad de formación de una clara conciencia colectiva de clase entre los trabajadores del pueblo, hasta entonces dormidos y desorganizados, quienes por propia ignorancia y falta de coraje no son capaces organizarse y luchar por sus derechos obreros (Beltrán, 1979: 20).

La decepcionante visión panorámica de la sociedad española, tan cercana a las tesis noventayochistas y a los principios institucionalistas y regeneracionistas, Esteban Beltrán la hace emerger en el proemio que encabeza *Los luchadores*, volcando en él buena parte de su ideario y las tesis defendidas en el resto de su producción: *Manolín, La razón entre obreros y burgueses* o *Socialismo agrícola andaluz. Segunda parte de Manolín*.

#### LOS LUCHADORES. UNA DEFENSA DEL COMPROMISO IDEOLÓGICO POR VÍA LITERARIA

Los estudios sobre la obra de Esteban Beltrán han acentuado el compromiso ideológico que se desprende desde la misma así como sus pretensiones didácticas y aleccionadoras dirigidas al proletariado. Su prosa tiene como objetivo ulterior el utilizar el libro como soporte desde el que inculcar al pueblo ideas de forma sencilla y amena, convertido en arma de concienciación capaz de transformar la sociedad. Antonio María Calero (1979) ya advertía en su introducción a *Socialismo agrícola andaluz* subtítulo por su autor *Segunda Parte de Manolín* sobre los contenidos ideológicos y las tensiones existentes en el movimiento obrero andaluz de su tiempo vertidos por el autor en ese texto; paralelamente M<sup>a</sup>. José Porro (1992) abundaba sobre estas cuestiones<sup>6</sup>:

La trayectoria ideológica de Esteban Beltrán y Manuel Ruiz Maya han seguido caminos distintos en lo personal, pero en lo literario ambos han recurrido a la utilización del libro como arma de concienciación que transforme la sociedad han recurrido al tratamiento narrativo-ficcional de su pensamiento, considerado la obra literaria «como metáfora de realidades más hondas que se han reflejado previamente en muchos espejos».

Así pues, politización y populismo bajo una dimensión didáctica vinculan a ambos escritores, claros exponentes de la tensión protagonizada por la pequeña burguesía de la que ellos proceden, en contraste con la pasividad y alejamiento de las masas campesinas a las que se dirigen. (Porro Herrera, 1992: 29).

*Los Luchadores* entraría a formar parte de ese amplio número de libros, folletos y publicaciones relacionados con la cuestión social. Un tipo de literatura comprometida defensora de valores, ideales y postulados que atravesarán la narrativa española con modelizaciones discursivas diversas desde finales del siglo XIX hasta el estallido de la guerra civil española. Estudiada bajo diferentes marbetes —«novela proletaria», «novela anarquista», «narrativa libertaria», «literatura revolucionaria», «libro de izquierdas» o «novela social»— este tipo de texto presenta componentes específicos. Si bien, desde el punto de vista de la estética, del uso literario de la lengua o desde la perspectiva de la cre-

<sup>6</sup> A estos comentarios hay que añadir los expuestos en la introducción de Manuel Ruiz Luque y José Luis Casas Sánchez a la edición de *Manolín* (2000) quienes también apuntan argumentos en este sentido.

acción renovadora de estos textos no ofrecen aportes dignos de mención, desde los parámetros ideológicos, documentales y de pensamiento, *Los luchadores* ofrece interés por la cantidad de datos, documentación histórica, ideas de época o cuestiones candentes del universo socio-político contemporáneo que recogen, encauzan o destilan. Son textos que pretenden exponer los males que aquejan a la clase obrera y manifestar las ideas que a juicio del autor pueden regenerarla<sup>7</sup>.

Revistas como *El Porvenir del obrero*, *Dinamita cerebral*, *La Anarquía*, *Acción libertaria*, *Ciencia social*, *El socialista*, *Germinal* o *La revista blanca*, comenzaron a difundir textos y relatos sociales breves, sencillos y directos desde finales del siglo XIX en los que se exaltaban ideales revolucionarios generalmente centrados en ataques a los patronos, clérigos, políticos y empresarios. Protagonizadas por obreros, luchadores y víctimas de la explotación, sus argumentos lanzarán críticas contra instituciones como el matrimonio, la iglesia, la propiedad privada, la empresa, etc. Estos escritores proletarios de distinta extracción social aunque unidos por el compromiso literario adoptarán formas de discurso aproximadas a lo que se ha denominado literatura popular. Y aunque el canon literario los haya suprimido prácticamente en sus paradigmas y selecciones, por el contrario, son objeto de estudio en el ámbito de la historia de las ideas siendo ampliamente revisados tanto por historiadores y sociólogos, dedicándole menos atención los estudiosos de la literatura que los interpretan más como testimonio residual de la pervivencia de modalizaciones temáticas y discursivas marginales que como literatura de altos vuelos.

Una de las obras de referencia de esta literatura es *Juan José* (1895) de Joaquín Dicenta, espejo en el que intentaron mirarse toda una pléyade de escritores de literatura social o proletaria que, en sucesivas oleadas, irían desde el escritor colombiano José M<sup>a</sup>. Vargas Vila, muy popular en España, hasta los autores sociales del nuevo romanticismo J. Arderius, R. J. Sender, A. Carranque de los Ríos, C. M. Arconada, J. Díaz Fernández, A. Barea o M. Benavides, pasando por los llamados regeneracionistas J. Costa, R. Maeztu, Á. Ganivet, L. Mallada, R. Macías Picabea o J. M<sup>a</sup>. Salaverría, junto a otros también marginales como F. Urales, A. Hepp, R. Mella, etc. En la misma línea de denuncia social, compromiso y redención están anarquistas como Anselmo Lorenzo, José Lluán o Felipe Aláiz, socialistas como Isidoro Acevedo, J. Zugazaitia, Timoteo Orbe, Tomás Meabe, sin olvidar a otros autores del período como Ciges Aparicio, Vidal y Planas, F. Trigo, López Pinillos, E. Noel, etc. Todos, desde diferentes ángulos, vienen a revelar la riqueza creadora y literaria del momento a la vez que el amplio entrecruzado de posibilidades y tendencias centradas en el compromiso y en el activismo, cuyas obras corrieron paralelas a otras escuelas representativas del *fin de siècle* como la naturalista, la impresionista, la prerrafaelita, la simbolista, decadentista, modernista, parnasiana, idealista, ocultista... Como expone Lily Litvak (1990: 15) es esencial reconocer esta multiplicidad y esas conexiones para comprender el fin de siglo y encararlo como un gran movimiento ecléctico y sincrético.

Las panorámicas pues de la literatura finisecular son plurales, convergiendo muchas de ellas desde diferentes extremos y grados de radicalización, tratando de buscar respuesta a los problemas y crisis de valores morales y políticos de su tiempo, a la vez que

<sup>7</sup> Lluán, José: «Literatura obrerista», en Gómez Tovar, L. y Paniagua, J. (1991): *Utopías libertarias españolas siglos XIX y XX*. Madrid, Tuero, pp.151-157, y en Anselmo Lorenzo (1893): *Justo Vives. Episodio dramático-social*. Barcelona.

pretendían articular por medio de sus creaciones su visión de una nación sin pulso, caótica, aletargada y mortecina; mostrar su inconformismo con la crítica realidad que los rodeaba; denunciar los males de un país caduco; proponer ideas que ayudasen a acabar con los graves problemas existentes; cumplir una función cívica; y promover, con todo ello, la regeneración de las degeneradas estructuras del país.

Las causas de la aparición de este tipo de literatura están enraizadas en las propias telas de la realidad socio-política, económica y cultural del período en el que surgen. La España finisecular y la coyuntura del tránsito del siglo XIX al XX propician el advenimiento de una nueva estética social resultado como se ha dicho de la superposición de tendencias varias que venían desarrollándose desde años atrás [J. C. Mainer, 1986: 68] y de problemáticas a las que se trataba de dar respuesta desde diferentes campos.

J. C. Mainer [1972 y 1986], Lily Litvak [1981, 1988 y 1990], Álvarez Junco [1991], Clara Lida [1970], Carlos Serrano [1989], Santonja [2000] o Inman Fox [1988] han fijado su atención en polos artísticos que demuestran la pluralidad estética del momento así como el amplio desarrollo de corrientes literarias cuyos caracteres y rasgos definitorios se forjarían partiendo de las bases de la denominada literatura social o novela proletaria en el período intersecular. Este conglomerado sombrío y crítico exasperó a muchos intelectuales y, con el paso del tiempo, se convirtió en germen de denuncias, vindicaciones y doctrinas muchas de las cuales encontrarían cauce de canalización a través de la literatura como hemos citado arriba, entre otros, en la obra de Esteban Beltrán.

Esteban Beltrán como tantos otros escritores contemporáneos, desde las filas del republicanismo, del anarquismo o del socialismo, se valieron de la creación literaria como arma en la lucha por la consecución de derechos y libertades o como medio de crítica y denuncia con respecto a la situación social de su tiempo por lo que la estructura de todo el texto estará al servicio de la propuesta, argumentación y defensa de unas ideas. Para él, el ejercicio de la escritura, más que un arte, es una forma de manifestación, de comunicación, con la que enfrentarse de cara con los problemas y miserias internas que oprimen al proletariado, permitiéndole proponer ideas con las que lograr una sociedad más justa basada en la paz, la justicia, la equidad, la igualdad, el reconocimiento mutuo...

Lily Litvak advierte que en muchos de estos textos como puede ser el caso de la obra de Esteban Beltrán se hace difícil establecer las fronteras entre lo ideológico y lo literario, es decir, deslindar en qué parte del texto empieza la ideología y acaba la obra literaria o, *mutatis mutandis*, dónde comienza la escritura artística y dónde termina el pensamiento doctrinal del autor.

E. Beltrán, escritor rebelde e inconformista procedente del pueblo, de Montoro, en pleno corazón natural de Sierra Morena, donde regentaba una tienda de comestibles en los años crepusculares del siglo XIX<sup>8</sup>, es un autor heterodoxo; un sencillo hombre de pueblo que abandonó sus ocupaciones laborales para defender la causa republicana y la ideología socialista llegando a convertirse en un hombre de acción, comprometido y fiel a su pensamiento liberal. Solidario con su clase y con los más desfavorecidos ejerció como maestro en su pueblo entre 1905 y 1909 para embarcarse poco tiempo después hacia las Islas Canarias donde, invitado por un grupo de palmeros progresistas, regentó una

<sup>8</sup> Sobre el perfil biográfico de Esteban Beltrán *cf.*: José Lucena Llamas (1995): *Escritores montoreños*, Córdoba, Diputación de Córdoba y Ayuntamiento de Montoro.

escuela laica y librepensadora desde 1910 a 1912 en Tazacorte.

En las proximidades de los años finiseculares, colectivos de librepensadores y artistas progresistas defenderán una estética cultural cuya base fuera un arte no sólo «para el pueblo», es decir, para ilustrar, despertar y defender a las masas proletarias, sino también una cultura «por el pueblo». En este sentido, la sensibilidad social instó a muchos escritores para que sus producciones se impregnaran con formulaciones de prácticas revolucionarias que dejaran ver la ideología de sus autores. Obras como las de Beltrán son portadoras de pensamientos éticos y sociales que amplificaban algunas de las ideas representativas de la colectividad, por lo que su arte literario pasa a ser un vehículo funcional con cuya misión moral y social se quieren denunciar las fallas de un sistema cataléptico como era el de la sociedad española de su tiempo, concienciar socialmente al lector y al obrero y proponerles soluciones –muchas de ellas utópicas o idealistas– a los irresolubles problemas que afligían España. Para Beltrán, el primer paso para la transformación debe ser la concienciación del obrero por medio de la irradiación de nuevos sistemas de pensamiento y la articulación de unas propuestas de cambio en los distintos ámbitos estructurales que acaben con el ignominioso estado social de España y de la mayor parte de su pueblo, haciéndoles ver las posibilidades de cambio y regeneración ineluctables. La revolución ideológica sería la antesala para las mutaciones estructurales que se sucederían sin solución de continuidad cuando la colectividad fuese consciente de su fuerza y de las perentorias necesidades de cambio y desarrollo de su clase y de la nación:

No escuchemos á los que dicen que estas cosas de España no se arreglan más que á tiros y cortando cabezas. Estos terribles revolucionarios no acuden á reunirse con los que en Galicia y en Andalucía y en otras muchas regiones se tiran al campo para protestar con las armas del inicuo estado social que nos aniquila.

Esa revolución vendrá después de la otra que hay que hacer en las ideas.

Con este fin se escribió este libro. (Beltrán, 2000: 9)

Contra toda lógica, para Beltrán -ya lo dijo T. Hobbes décadas atrás- el hombre es el principal vehículo destructor del hombre<sup>9</sup>. El montoreño está convencido de que, en la vida, a él, como a otros, no le ha perjudicado su credo ideológico de progreso, sino la maldad de los hombres, porque para él la ideología está por encima de lo material. Las ideas deben prevalecer por encima de los propios hombres cuando éstas ofrecen coherencia, son legales y honradas y se dirigen a hacer el bien de la generalidad. Sin embargo, los hombres, temerosos, envidiosos o incrédulos, no sólo no las toleran o se muestran escépticos, sino que atacan incompetente e incompresiblemente aquellas obras, ideas o paladines que tratan de alterar el orden vigente contribuyendo con su esfuerzo a mejorar las condiciones de vida de los más oprimidos:

[...] a mí no me han perjudicado mis ideas avanzadas, porque son buenas, porque son santas, y las cosas buenas no perjudican jamás. Lo que me ha perjudicado a mí es la maldad de los

<sup>9</sup> «El hombre solamente es el que persigue y molesta a su semejante de varios modos hasta reducirlo y a la más espantosa y desconsolada miseria o aflicción, dándose casos de morir de hambre el vencido en medio (sic) de la abundancia y de la indiferencia de sus semejantes». (Beltrán, 1914: 37)



hombres. Las ideas están por encima de los hombres, y de las ideas no se debe renegar jamás cuando se tiene la convicción de que son legales y honradas. (Beltrán, 1914: 186)

La obra de Beltrán se enfoca hacia la colectividad, mezclando en ella fundamentos sociales, culturales, ideológicos y políticos y realizando en la praxis una asimilación sintética socio-política que, en su caso, supera con creces las aspiraciones estéticas. La literatura de Beltrán se dirige hacia lo comunitario, hacia los más, y deja translucir en ella su misión social en la que los componentes sociológicos, la realidad del momento presente y los fenómenos históricos circundantes son expuestos de forma clara, sencilla, inteligible y cercana disponiéndose todos los ingredientes artísticos como piezas armamentísticas a favor de la lucha social<sup>10</sup>. Lejos pues de un arte contemplativo, Beltrán incita en numerosos pasajes de su prosa a la participación social activa y a la protesta contra la opresión:

El pueblo, ó los hombres que presencian impávidos un atropello ó una arbitrariedad y no protesta ó se opone inmediatamente á ello, sino que espera que un jefe ó un cualquiera se lo mande, es un pueblo cobarde ó un pueblo ignorante que no sabe sus derechos ni la fuerza que tiene. (Beltrán, 1979: 76).

Formemos una sociedad que no imite a la holgazana araña que, oculta en su tela, acecha a una víctima para devorarla. No; imitemos a la inteligente y laboriosa abeja, y como ella, en amorosa armonía, trabajemos en comunidad con fe y constancia para beneficio de todos, pues el trabajo es fuente inagotable de prosperidad y abundancia. ¡Proletarios! ¡Arriba los corazones! ¡Asociación! Gritemos todos. (Beltrán, 1914: 44).

Su discurso pretende espolear, fomentar la insurrección entre los oprimidos y censurar las dinámicas conservadoras e ineficaces que estrangulan el desarrollo y hacen aparecer las bolsas de pobreza. Distribuidos en distintos lugares de su obra se pueden leer sus alegatos de aliento al obrero para que se agrupe y demande derechos y mejoras que los liberen de la opresión capitalista; abundan los párrafos en los que lo exhorta a esgrimir su fuerza como colectividad y a instruirse como medio para acabar con la ignorancia, destruyendo por medio de ellos la tiranía caciquil y los abusos, injusticias y fraudes que han venido soportando las clases sociales más desfavorecidas:

Lo que hay es un obstáculo que impide su realización: la ignorancia. A ésta es á la que hay que combatir tenazmente y por todos los medios.

Unos con la pluma, otros con su palabra, otros difundiendo é introduciendo estos libros en todos los hogares y todos con el ejemplo y conducta veraz y honrada, hagamos luz, mucha luz, para que las inteligencias vean la divina verdad.

Con este objeto se publicó este libro. (Beltrán, 2000: 5)

<sup>10</sup> «¡Asociación! Este es el grito lanzado por el proletariado europeo. Este es el grito sacrosanto que cual trompeta del Juicio final hace levantarse al proletariado universal de la postración en que yacía sumido, postración tan parecida a la muerte, que la mayoría de los burgueses ha quedado aterrada de espanto al ver esta resurrección y sus consecuencias. [...]

La asociación es el crisol donde se están fundiendo todas las lágrimas, todas las injusticias y todas las privaciones que el proletariado viene sufriendo hace veinte siglos y de la fusión de estos elementos tan amargos y crueles, resultaron al principio de la ebullición tumultuosa, explosiones de odio y exterminio contra los causantes de la injusticia. [...]. Asociados todos los hombres que trabajan, constituyen una fuerza inmensa y poderosa capaz de resistir y arrollar todos los obstáculos que se le opongan. Así lo han comprendido los obreros de todas las clases, y por doquier se han formado esos núcleos de fuerza que, encaminados o guiados con inteligencia, llegan a alcanzar un éxito asombroso». (Beltrán, 1914: 42-43)

Como tantos intelectuales y artistas reformistas y revolucionarios del fin de siglo, Beltrán no quería que su credo quedase en meras formulaciones teóricas en el inerte limbo de la letra impresa, sino convertirlo en acto y pasar de inmediato a la práctica. De este modo, desde su texto establecería las pautas con las que proporcionar la instrucción adecuada al obrero. La preocupación por la formación de éste motivó a los autores a que sus textos no quedaran en hueras utopías retóricas escritas; consecuentes con su compromiso con el proletariado consciente y militante, batallaron para difundir obras entre los colectivos obreros, convirtiéndose libros como *Justo Vives* de Anselmo Lorenzo o el propio *Manolín* de Beltrán en lecturas ampliamente divulgadas y comentadas entre las clases populares, actuando como catalizadores de los movimientos de acción proletarios. Si en 1895 Azorín argüía «defiéndose la instrucción. Haga la iniciativa particular lo que el Estado no hace. Fúndense instituciones para la enseñanza, ábranse laboratorios donde puedan estudiarse laboratorios científicos; créense escuelas donde el obrero aprenda a ser hombre y hacer efectivos sus derechos», Esteban Beltrán recoge una Salve que entonan los niños de un grupo escolar que habitaba en la Colonia ideada por el montoreño en la que se defiende la República como sistema de gobierno y proclama la ilustración desde la infancia como vehículo de superación y de porvenir:

Salve... República Española./ esperanza del trabajador./ Luchemos hasta conseguirla/ y salvemos nuestra nación./ Somos niños chiquitos/ y queremos ilustración./ estudiemos con perseverancia/ y alcanzaremos la redención./ Somos los niños de hoy/ los hombres del porvenir./ juntemos nuestros esfuerzos/ si no queremos morir./ Salve República amada/ ¡viva la ilustración!/ estudiemos con entusiasmo/ y salvaremos á nuestra nación. (Beltrán, 1979: 205).

Beltrán proyectó la difusión de su pensamiento social comprometido desde diferentes cauces: por un lado, su prosa se pone al servicio de la idea. Compone sus obras con una finalidad claramente didáctico-propagandística y de difusión ideológica siendo *Manolín* la más conocida de todas. Un autor coetáneo a Beltrán, buen conocedor de su obra, Eloy Vaquero, señalaba que *Manolín* se leía entre los obreros con delectación (Vaquero, 1987: 80). El libro alcanzó varias ediciones lo cual no es sino testimonio probatorio de su éxito entre las clases proletarias. M. Ruiz Luque y J. L. Casas exponen otros argumentos verificadores en este sentido como el precio de la obra, 2 pesetas, cuantía alta para el coste normal de los libros lo que viene a demostrar su demanda o el número de cartas recibidas por el autor en las que los emisores solicitaban la remisión del libro del montoreño (Beltrán, 2000: XXIX). Desconocemos el grado de veracidad e impacto real de las consideraciones del propio autor que en *Los luchadores* expone con complacencia y no sin vanidad que su *Manolín* había alcanzado los objetivos perseguidos por él en su redacción, tanto en lo tocante a su divulgación como en lo relativo a su propósito de guiar al obrero hacia la lectura y la ilustración:

– ¿Conoce usted este libro? [por *Manolín*]

– Sí, señor; le conozco y en mi pueblo y en muchos otros pueblos mineros y agrícolas que he visitado, hay muy pocos obreros que no lleven en el bolsillo este libro en vez de una faca como antes sucedía.

– ¡Cuánto me alegro de ello y cuánto se alegrará el autor cuando se lo diga!, pues eso era lo que él quería, aficionar al obrero á la lectura y al estudio, apartándolo de la taberna, del toreo y la flamenquería. (Beltrán, 1914: 27-28)

Pero los esfuerzos de Beltrán no quedaban ahí sino que, cual librero, en su propia casa ponía a la venta tanto las obras del economo americano Henry George como los folletos de la Liga Española para el Impuesto Único con títulos como *Del modo de hacerse rico sin trabajar*, *Los fisiócratas modernos*, *El credo del Georgismo*, *El A.B.C. de la cuestión de la tierra*, *Extracto de la Ciencia de la economía política...* como instrumentos con los que propagar las doctrinas que inspiraban su práctica ideológica.

El voluble clima social y cultural favoreció que se establecieran estrechos vínculos entre las masas proletarias, los jóvenes intelectuales críticos y otros profesionales combativos. Todos estaban mediatizados por unas circunstancias inestables y catalépticas y sometidos a cuestiones como la oferta y la demanda, el mercantilismo burgués y unas normas estéticas caducas y esclavizantes, de ahí que emerjan protestas comunes contra la alienación del trabajo y el egoísmo o el individualismo, explotación y corrupción de la sociedad burguesa y se exalte la libertad, la rebeldía y el espíritu creador libre, exaltando de forma apologética a las clases populares y los deseos de reforma social, política y cultural.

La literatura comprometida y de acción tiene como uno de sus principios vectores a las personas, por ello la dialéctica del discurso es puesta al servicio de una causa, de unas ideas, de unos proyectos que giran sobre el ser humano y de una creación utilitaria. El arte se pone al servicio de la vida y en consecuencia se opone a cánones estéticos y temáticas teológicas, grandilocuentes, trascendentes o artificiosas. La práctica literaria de Beltrán demuestra que para él lo importante son los contenidos, las propuestas conceptuales y doctrinales y la prosa de ideas, ensayística, argumentativa y probatoria. En medio de las polémicas acerca de las funciones del arte, su credo literario choca frontalmente con el aristocratismo modernista conectándolo con autores como F. Urales, M. Ugarte, Maeztu<sup>11</sup> y demás libertarios, socialistas, proletarios o intelectuales comprometidos quienes, en un período de convivencia de distintos registros estéticos, abogaban por una literatura al servicio del ser humano y de la sociedad e inmersa en la vida y en los problemas de los ciudadanos. Léanse las palabras que Claudio, uno de los protagonistas de *Los luchadores*, le dedica a Beltrán tras conocer la infatigable pugna del montoreño contra la intolerancia y malestar reinantes orientando sus obras y su acción hacia la regeneración, la equidad y el bien general:

Amigo mío [...]. Comprendo lo que habrá sufrido usted luchando con la pluma y con la palabra en contra de todo lo malo que hay en la actual sociedad. Así es como se trabaja por el bien general, combatiendo á los que chupan el sudor del pobre, sea quien sea. (Beltrán, 1914: 1269.)

A lo largo de los veinticuatro capítulos que estructuran *Los luchadores*, la prosa de Esteban Beltrán toma como base de sustentación la realidad de su tiempo con el fin de reflejar los condicionantes que impedían la libertad y el feliz desenvolvimiento de las clases obreras, pretendiendo hacer ver al obrero la necesidad de la lucha colectiva y del

<sup>11</sup> «Pleito también resuelto el del arte por el arte. Se lo proponga o no el artista, toda obra de arte encierra ulterior objetivo. Pero callemos los mortales; sobre esto ha hablado Nietzsche: ¿El arte por el arte? ¿serpiente que se muerde la cola! ¿Qué hace todo arte? ¿No alaba? ¿No glorifica? ¿No aísla? Pues con esto, el arte fortalece o debilita ciertas evaluaciones... El arte es el gran estimulante de la vida: ¿cómo crearle sin finalidad, sin objetivo, cómo llamarle el arte por el arte?». Maeztu, Ramiro: «Todos modernistas». *Diario Universal*, 15-Marzo-1903.

asociacionismo en los años próximos a 1900 para, tras ello, proponer soluciones con las que paliar la miseria y la opresión en pos de las vindicaciones y de la justicia de la colectividad contra el despotismo y subyugación de los desfavorecidos. Junto al evidente problema social que atraviesa como columna vertebral el cuerpo ideológico de la enunciación de Beltrán, para él, paralelamente, en el fondo también late un problema jurídico ya que tanto el poder legislativo como el judicial permiten la explotación y el aprovechamiento de unos seres sobre otros sin que hagan nada por eludirlo:

Si mientras los pobres se pasan el tiempo maldiciendo a su suerte negra y a los ricos, se asociaran e ilustraran para saber en lo que consiste su desgracia e inquirir donde reside la causa de sus infortunios, y trabajaran todos unidos para que la causa desapareciera, más pronto alcanzarían su bienestar.

Porque la gran cuestión es que se establezcan leyes nuevas justas y equitativas que impidan la aglomeración de grandes riquezas por una parte y de grandes miserias por otra.

–Eso es lo que debe ser, pero no es, porque esos grandes ricachos que debieran hacer algo en este sentido porque tienen el poder público en sus manos, no hacen nada absolutamente..

–Pues esa es la candidez del proletariado, el dejar el poder en las manos de los ricos, debiendo estar en la de los pobres.

–Pues eso se conseguirá por la Revolución –dijo el forastero con energía.

–No, amigo, eso se conseguirá por la Ilustración –dijo Diego con calma. (Beltrán, 1914: 24-25)

El universo literario de Beltrán nos descubre el mundo rural y cotidiano, la realidad que teje la dramática historia de la vida auténtica agraria, la cruda lucha de la supervivencia diaria del trabajador, las ideas socialistas republicanas, las iniciativas personales y colectivas para paliar los males de la nación, las causas de las contrariedades del país y el poder e impiedad de los opresores. Ante ello Beltrán, siguiendo diferentes tipologías argumentativas y expositivas, ofrece soluciones de todo tipo con las que luchar contra las injusticias, problemas políticos, desánimo generalizado y cuestiones candentes. Para ello sigue postulados de la ideología georgista y de las bases doctrinales socialista-republicanas, realiza un análisis de diagnóstico-intervención y anima al obrero a que se libere del trabajo enajenado, de costumbres viciadas e improductivas<sup>12</sup> y de la corrupción y servidumbre que les esclaviza y ponga fin mediante diferentes medidas a la explotación burguesa. Pone su obra y su acción al servicio del proletariado rural en la aventura de su redención y de su liberación. Su escritura es ética y social en tanto en cuanto su fundamento germinal es el deseo de servir<sup>13</sup> y con ello que la literatura como el periodismo, los mítines o la política sea un arte eficaz que despierte de su letargo a las masas obreras y les haga ver la fuerza de la que disponen para cambiar la servidumbre y explotación sufridas:

Estos hombres saben que el día en que los que trabajan y producen las riquezas se ilustren

<sup>12</sup> «[...] lo que él quería, aficionar al obrero a la lectura y al estudio, apartándolo de la taberna, del toreo y la flamenquería». (Beltrán, 1914: 28)

<sup>13</sup> «[...] yo no pretendo lucirme con frases o conceptos retóricos que, halagando a ciertas clases pudientes, se bullen de la verdad sencilla. Yo escribo para el pueblo trabajador, en su lenguaje sencillo, para que me comprenda. Yo no halago a nadie absolutamente y lo mismo en mis escritos que en mis conversaciones, no miento jamás y la verdad es mi norma en toda ocasión y lugar...». (Beltrán, 1914: 59)

y comprendan que tienen los mismos derechos a disfrutar de lo que ellos disfrutaban se unirán estrechamente y los mandarán a paseo y se les concluye la breva que están chupando. Para evitar esta gran desgracia para ellos, procuran por todos los medios imaginables el tener al pueblo trabajador sumido en la ignorancia para que no sepan lo que tienen que hacer para librarse de su tutela, y en la miseria para que no se preocupe ni tenga tiempo de pensar más que en el modo de ganar la vida que cada día es más difícil. (Beltrán, 1914: 50-51).

La obra de Beltrán es crítica con el panorama que lo rodea. Sus reproches abarcan un amplio arco que va desde lo religioso hasta lo político pasando por lo militar, lo agrario, lo andaluz, lo social, lo educativo, lo cultural o lo rural. En sus tesis se expone la mentalidad de un grupo social característico de la España de la Restauración: esos republicanos de provincias, bienintencionados –casi iluminados– que han comprendido el conflicto esencial de la sociedad capitalista y que pretenden resolverlo a partir de las coordenadas de su condición pequeñoburguesa, de la cual se derivarán sus contradicciones y su fracaso. Han comprendido que la marcha de la historia no tiene más alternativa que ésta: o continuar el dominio oligárquico y las injusticias consecuentes, o la socialización de los medios de producción: «Hay que desengañarse y ver la realidad: lo que necesitamos y se impone forzosamente es socializar la tierra». (Beltrán, 1979: 22).

Desde una posición pequeñoburguesa, sus textos, pues, tratan de exponer la realidad percibida por él, las lacras del mundo rural de su entorno que conoce bien y las posibilidades de alternativa que las nuevas doctrinas ofrecen. Conocidos los problemas que cierran el paso del progreso, del bienestar, de la equidad y del desarrollo del ser humano en el pequeño mundo rural de su tierra, E. Beltrán quiere erigirse en despertador de las conciencias del proletariado y en censor de las fallas del sistema burgués, de la corrupción institucional y de los ciudadanos ante la insensible oligarquía devastadora. Junto a ello, como se lee en las dos partes de *Manolín*, fomenta el asociacionismo y la instrucción como vehículos de incitación y lucha dirigidos hacia la liberación de la explotación padecida por el proletariado. Sin embargo sus propuestas de cambio no dejan de ser en muchos sentidos utopías fundamentadas sobre un ideal que no es otro que un modelo de sociedad quimérica ejemplificada en la «Colonia La Benéfica», una sociedad cooperativa obrera de producción que ilustrará con su acción y desarrollo las posibilidades de transformación de los medios de producción vigentes mediante unas formas de relación laboral y social más justas y equilibradas en pro de una comunidad que habría de mejorar su vida y su bienestar en todos los sentidos. Así el activista visionario, cual Quijote, se hermana con el humilde combatiente de lo cotidiano, no sólo se solidariza, sino que también hace suyo su sufrimiento y espera su redención fundiéndose con él en una misma figura: la utopía, su utopía, se nutre de esta sustancia, así fecundada a su vez de una carga de esperanza. (Carlos Serrano, 1989: 25)

Palabra y escritura, acción pública política directa y reflexión meditada de difusión impresa indirecta fueron medios de irradiación de las ideas de Beltrán. Con sus discursos, sus textos y sus iniciativas trató de hacerlas ver y entender con textos sencillos y ejemplos cercanos al pueblo. Por medio de sus reflexiones luchó por la emancipación de las masas proletarias a través del diagnóstico de los defectos estructurales y asimetrías sociales del país y de su sustitución por planteamientos o empresas racionalistas y laicas donde el individuo fuera capaz de rebelarse contra los órdenes vigentes. Más allá, el mismo obrero, con adecuada formación y unos nuevos sistemas estructurales y de valores morales y de

actitudes, ocuparía un lugar capital en la renovada sociedad. Éstas son las ideas que pretendía irradiar por entre el pueblo como vehículos de concienciación y medio para generar dialécticas y reacciones que posibilitasen la emancipación del proletariado y los cambios propugnados en numerosas parcelas de la sociedad española de su tiempo. Parece ser que los fracasos y el desencanto de la acción política es lo que lo llevó a la escritura, a la práctica literaria que no es sino sublimación de su juicio político, «reafirmación del autor en la viabilidad de sus objetivos e intento de hacer compartir a los demás su propio convencimiento». (Beltrán, 1979: 16).

Moderado y legalista en sus procedimientos de lucha y con razonamientos no exentos de idealismo, su palabra se desnuda de adornos esteticistas y refuerza su función social convertida en herramienta con la que comunicar. Beltrán, pesara a quien pesara, expresa su verdad, sus creencias, su pensamiento mediante una dialéctica de denuncia/propuesta en la que expone los aspectos que asfixian la libertad y el desarrollo del obrero, a la vez que propone posibles vías de su superación y reforma. Aunque sus propuestas no calaran colectivamente por diversos motivos –personales, oposición de las clases dominantes, incompreensión, falta de determinación de los obreros, críticas y trabas de diferentes sectores, poco calado entre los dirigentes fácticos, falta de medios o de capacidad para desarrollarlas, inoportunidad de las mismas...– y aunque su gran creación, la «Sociedad Cooperativa Obrera o Sociedad Benéfica de Socorros Mutuos», la «Colonia La Benéfica», se viera desmantelada por los conflictos, suspicacias y guerras internas que introdujeron los anarquistas, él siempre permanecerá fiel a sus ideas y a las honradas y virtuosas bondades de sus verdades. Está convencido de la ejemplaridad y filantropía de sus ideas y por ello, a pesar de sus fracasos, de las críticas y reprensiones dirigidas a su persona y sus ideas, Beltrán persistirá lealmente en sus convicciones de manera individual, propagando su ideario y tratando de atraer adeptos a su causa de forma individual, de uno en uno, porque, aunque fuera así, él cree que al final su pensamiento habría de calar entre las gentes porque el cuerpo social actuaría como caja de resonancia que iría irradiando el eco de sus ideas como las ondas salen de un solo punto y se esparcen:

– Qué lastima que ese tema de usted que me ha gustado mucho y me figuro que los de sus compañeros serían igualmente buenos no hayan tenido la debida resonancia para que surtieran el efecto apetecido.

– Efectivamente que en el Congreso hubieran surtido más efecto, pero yo tengo la esperanza de popularizarlo y mis compañeros harán lo mismo con los suyos

– Y cómo va a usted á componerse para ello?

– Pues sencillamente, haciendo lo que hago en este momento, leérselo a usted y usted á otro y aquél á otros y publicarlo en mis libros y cada libro es un yo; repitiéndolo y propagando la lucha por las ideas progresivas. (Beltrán, 1914: 151)

Su escasa obra literaria y su incansable acción pública quisieron ser voz amplificadora y conciencia de la colectividad subyugada tanto para denunciar como para arengar y proponer soluciones. Dota a su prosa de un marcado carácter ensayístico, sociológico y propagandístico donde todas las partes, la estructura y la trama se organizan sobre la base del diálogo argumentativo en el que se suceden fundamentos con los que intenta demostrar, convencer o intercambiar ideas y donde no faltan la refutación o la justificación de los argumentos probatorios de sus postulados hasta llegar a diferentes conclusiones

según el motivo central del debate a lo largo de réplicas sucesivas. Aunque las formas probatorias del discurso varíen en los capítulos, entre ellas dominan las estructuras dialogadas sobre las que se disponen controversias, la emisión de juicios pasionales, las argumentaciones o los juicios demostrativos de unos ideales que se supeditan a las tesis expuestas, las creencias personales y las ideas defendidas mediante diferentes mecanismos, aunque siempre con la intención postrera de comulgar con los problemas y necesidades de los más desfavorecidos y el deseo de una transformación ideológico-social que acabara con los problemas nacionales de la asfixiante atmósfera finisecular. Por utópica que parezca, aunque despierte antipatías, a pesar de que sea criticado, insultado o desacreditado en su propio pueblo o fuera de él y tanto por los propios obreros como por los caciques y burgueses conocedores de sus discursos, propuestas e ideología, por más que se intente atentar contra sus creencias o su acción pública reprobándolas, si bien se lancen contra él acusaciones de todo tipo y se tache su conducta o se promueva mala fama con respecto a su persona y sus ideas, su credo ideológico de inspiración cercana al socialismo y al republicanismo y aderezado con componentes georgistas, anticlericales, institucionistas, proletarios, krausistas y masones y sin olvidar la compleja dialéctica sostenida en su doctrina con respecto al anarquismo<sup>14</sup>, se sostiene sobre la palabra expresada, la idea lanzada y la crítica argumentada dirigida hacia lo utilitario y por tanto con el deseo de intervención directa en la vida y en la sociedad para despertar a la masa y acercarse a los nudos gordianos del mundo cotidiano que él ve, sufre, denuncia y trata de regenerar, y a los destinos crueles de una colectividad oprimida.

Para Beltrán, ante el fracaso de algunas de sus empresas, la dificultad de hacer llegar su mensaje y por las reacciones suscitadas, escribir es una opción para desvelar los fallos del sistema y de las estructuras en España y hacer ver especialmente a los demás hombres las posibilidades de solución de las diatribas que ahogan el país, para que, ante el objeto así puesto al desnudo, éstos asuman sus responsabilidades y, a pesar de las críticas, reparen en dónde se halla la verdad, la justicia y la redención. A Beltrán no le importan las críticas porque él se siente poseedor de la verdad y sabe que sus ideas, son buenas y no

---

<sup>14</sup> Su contradictoria dialéctica con respecto al anarquismo y sus postulados a favor de algunos de los principios ideológicos de esta corriente así como sus críticas a ciertas propuestas libertarias ha suscitado una interesante controversia: M. Ruiz Luque y J. L. Casas señalaban que no existía conexión entre Beltrán y el anarquismo, de hecho, aducían, «el autor profesa una cierta actitud antilibertaria», hecho apreciable en ciertos considerandos y razonamientos de Beltrán. Díaz del Moral (1995) acercaba a *Manolín* a la literatura de propaganda anarquista. Por su parte, aunque según se argumenta en la obra y expone A. M<sup>a</sup>. Calero, Beltrán apunta a los métodos e ideas anarquistas así como a su oposición como causantes de la desaparición de su colonia benéfica, si con objetividad nos atenemos a la utopía planificada por Beltrán y lo comparamos con los ideales presupuestos que Álvarez Junco (1991) establece como propios de los anarquistas españoles «se comprobará que las coincidencias entre ambas representan un porcentaje superior a las discrepancias». (Beltrán, 1979: 26-2). Beltrán se define como una persona racional, reflexiva, justa y equilibrada que no da por sentado nada de ninguna ideología o sesgo sin enjuiciarla detenidamente y sopesar los pros y los contras, lo bueno y lo malo que una determinada propuesta pudiera ofrecer. Su espíritu es conciliador y así, a pesar de rechazar proyectos y conceptos del anarquismo y de tener reservar y cautelas con respecto a otros paradigmas libertarios, subraya su forma de entender el campo ideológico: «Y yo, que soy republicano socialista y librepensador, me asimilo o adopto o tomo todo lo bueno que encuentro en todas las agrupaciones o programas políticos, sociales y religiosos, incluso la anarquía, y desecho todo lo malo que hay en ellos». (Beltrán, 1914: 49). A lo largo de *Los luchadores* insistirá en su imparcialidad, su objetividad, su mirada comprensiva y tolerante y su defensa de tesis y personas en las que crea según dictaminen las leyes de la razón y de la lógica sean quienes sean, vengan de donde vengan y piensen lo que piensen.

perjudican a nadie. Muy al contrario, se siente satisfecho de su acción y de la defensa de sus ideas no como muchos de sus coetáneos y de sus paisanos hipócritas, malintencionados y serviles que no se enfrentan contra sus degradadores ni se atreven a manifestar públicamente sus creencias:

A mí me critican por mis ideas políticas, porque en este pueblo hay muy pocos hombres que se atreva á manifestar las suyas con claridad y valentía.

Aquí la generalidad de los hombres son hipócritas y se extrañan de que yo sea franco y leal.

Aquí hay algunos hombres cobardes y miserables que me calumnian sin darme la cara y sin poderme probar nada absolutamente que me pueda avergonzar. Y, en fin, amigos, lo que sucede es que en este ambiente social en que vivimos, impregnado de un servilismo degradante y de una hipocresía estúpida, choca que yo ú otro hombre cualquiera, siendo un pobre insignificante, mantenga mis ideas políticas y mi independencia, defienda al oprimido y fustigue á quien lo merezca.

Yo, amigos míos, hago ostentación pública de mis ideas cuando llega el caso, porque creo firmemente que son buenas y no perjudico á nadie con sostenerlas. (Beltrán, 2000: 51-52)

Al fallarle por los motivos apuntados otras posibilidades de acción, la escritura se convierte para él en arma de expresión, en vehículo de difusión y de transformación y en crisol de recepción y de irradiación de ideas por doquier con las que, además de establecer diálogo con los lectores, les ayuda a escrudiñar sus proyectos y aspiraciones de manera que, si llegasen a calar en el pensamiento social, se erigirían en impulsores de lucha y de persuasión creadores de una nueva atmósfera social: «Cada libro mío es un yo que puede estar en todas partes hablando, luchando y convenciendo constantemente». (Beltrán, 1914: 60).

#### BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ JUNCO, José (1991): *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, Madrid, Siglo XXI.
- BELTRÁN, Esteban (1914): *Los luchadores*, Córdoba, Imp. Moderna.
- (2000): *Manolín*, Manuel Ruiz Luque y José Luis Casas-Sánchez (Eds.), Córdoba, Diputación de Córdoba.
- (1979): *Socialismo agrícola andaluz*, Antonio María Calero (Ed.), Madrid, Editora Nacional.
- DÍAZ DEL MORAL, Juan (1995): *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas, Córdoba (antecedentes para una historia agraria)*, Madrid, Alianza.
- DÍAZ PLAJA, Guillermo (1975): *Estructura y sentido del Novecentismo español*, Madrid, Alianza, p. 175 y ss.
- FOX, E. Inman (1988): *Ideología y política en las letras del fin de siglo (1898)*, Madrid, Espasa-Calpe.
- LIDA, Clara (1970): «Literatura anarquista y anarquismo literario», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XIX, pp. 360-381.
- LITVAK, Lily (1981): *La musa libertaria. Arte, literatura y vida cultura del anarquismo*, Madrid, Antoni Bosch.
- (1988): *La mirada roja: estética y arte del anarquismo español (1880-1913)*, Barcelona, Serbal.
- (1990): *España 1900. Modernismo, anarquismo y fin de siglo*, Barcelona, Anthropos.
- LÓPEZ MORILLAS, Juan (1972): *Hacia el 98. Literatura, sociedad, ideología*, Barcelona, Ariel.



- MAINER, José Carlos (1986): «Notas sobre la lectura obrera en España. 1890-1930», en AA.VV.: *Literatura popular y proletaria*, Sevilla, Universidad de Sevilla.
- MAINER, José Carlos (1972): *Literatura y pequeña burguesía en España*, Madrid, Edicusa.
- PAN-MONTOJO, Juan (Coord.) (1998): *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*, Madrid, Alianza.
- MOA, Pío (2004): *Una historia chocante: los nacionalismos catalán y vasco en la historia contemporánea de España*, Madrid, Encuentro.
- MACÍAS PICAVEA, Ricardo (1899): *El problema nacional. Hechos. Causas. Remedios*, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez.
- PORRO HERRERA, M<sup>a</sup>. José (1992): «Hacia la ideología por la literatura: el regeneracionismo novelístico de Esteban Beltrán y Manuel Ruiz Maya», *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, núm. 122, enero-junio, pp. 11-30.
- SERRANO, Carlos (1989): «Cultura popular/cultura obrera en España alrededor de 1900», en *Historia social*, 4, pp. 21-32.
- VAQUERO, Eloy (1987): *Del drama de Andalucía: recuerdos de luchas rurales y ciudadanas*, Córdoba, Ediciones de La Posada.

